

El temor a la maternidad

Elsa Lever M. / ellemon@starmedia.com

Treinta y cinco años, edad-frontera según médicos y especialistas, es la que tengo ahora

Edad-frontera porque no se es ni muy joven ni muy vieja para la maternidad, aunque las exigencias de la familia y la sociedad en general me dan a entender que ya estoy más del segundo lado que del primero.

"Yo les aviso, no estén dando lata", es mi respuesta preparada, mecánicamente repetida vez tras vez.

Después, a solas, la pregunta de "¿y tú, cuándo... o acaso no puedes?" me martiriza. Reconozco entonces que no es que no quiera ni que no pueda (eso creo)... sino que tengo miedo; no, ¡pavor! a la maternidad.

Aún conservo ropa que tejió mi madre para un hijo que murió al nacer. De esto hace ya casi 14 años... y todavía no puedo olvidarlo.

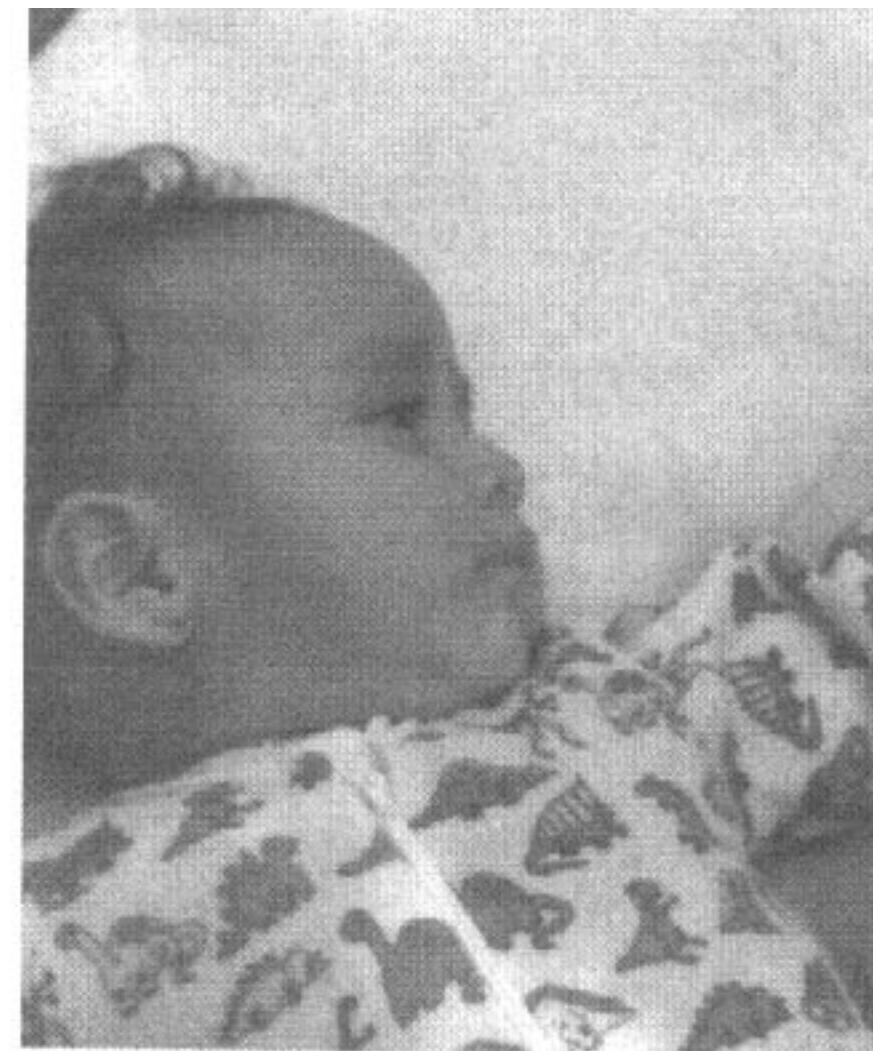
¿Cómo olvidar la sorpresa primero, luego la ilusión para después dar paso al dolor y a la muerte? No sé. Si alguien sabe, que me lo diga. Porque aunque he sobrevivido a ello con

buenos resultados, no puedo eliminar la taquicardia y el nudo en la garganta que surgen cuando me animo a un embarazo y de inmediato el pasado acude a mí, sin pedírselo.

Me confieso cobarde en ese aspecto. No sé si pueda reponerme a la muerte de otra ilusión. Y tampoco he querido averiguarlo.

Recuerdo cuando en la sala de maternidad llorábamos varias mujeres, aunque por motivos distintos: ellas por dar luz a una nueva vida; yo, por una que nunca vio la luz.

Por eso tengo temor a la maternidad. Y ese miedo me lleva a los extremos. Pensé que con el tiempo se disolverían mis dudas pero, al contrario, ahora se suman otras: ¿Qué pasaría si me decidiera, por fin? Para empezar, ¿sería, ahora sí, un embarazo sin riesgos? ¿Conseguiría parir un ser vivo y sano? ¿Sabría cuidar de un hijo, una hija? Haciendo cuentas, ¿hasta qué edad, probablemente, podría estar con



Daniel Correa

él o ella antes de que la naturaleza me aparte de su lado? Cuando comenzara su educación primaria yo tendría 41 años. Para la secundaria, 44; la preparatoria, 47; la universidad, 52 años... Tal vez ni alcance a conocer a mis nietos.

¿El trabajo me dejará tiempo con calidad para él o ella? ¿Qué voy a hacer si enferma, si se me cae, si la habitación le resulta muy fría o se me ahoga? Qué fatalista ¿no?, pero son situaciones que me ponen muy nerviosa. Ni siquiera pude con un gato de escasos dos o tres meses que maté por una sobredosis de naproxeno, cuando, recién vacunado, se dolía de la pierna. O con el perro que, por no saberlo educar (y vaya que si estos seres son fáciles de domesticar), estuvo a punto de sacarle un ojo a mi sobrina de cinco años.

No. No me animo. Siempre he sido de la idea de que si no puedes darle todo a los hijos, mejor es no tenerlos. ¿Y cuando crezca? ¿Sabré inculcarle el "no a las drogas", o el "sí a ser feliz"? ¿Podré librar su adolescencia sin que haya una ruptura? ¿Me detestará cuando llegue a la adultez? ¿Se acordará de mí y de su padre cuando la vejez arribe? ¿Tendré algo que heredarle, si a la fecha ni casa ni auto poseo?

Estoy en la edad-frontera.

Es el momento de escoger entre perder el miedo o vivir las consecuencias de éste.

Entre seguir llevando flores a una tumba, o sentir entre mis brazos esa hermosa flor que, paciente, sólo está esperando que la deje nacer.



Rotmi Enciso